

tamoanchán



Lunes 15 de enero del 2001

"UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL", CENTRO INAH MORELOS

La casa de Yecapixtla

• Rafael Gutiérrez Y

Introducción

La imagen de la casa de Yecapixtla está en un proceso acelerado de cambio, mientras sus actuales usuarios llevan su vida tradicional campesina con algunos sobresaltos modernos como los secuestros, la imagen de la casa y la vida de los usuarios muestran una apariencia antagónica; de esto es de lo que se trata este trabajo: la actualidad del espacio y la ruralidad de sus usuarios.

Aun cuando pareciera que se trata de comparar una visión romántica de la casa de Yecapixtla con otra visión pragmática, cuando la imagen se amplifica nos damos cuenta de que no es así. Porque, aunque fui parte de los protagonistas iniciales con lo que mi visión se tiñe de un espíritu bucólico, tengo como principios la conservación y el cambio para que una casa tradicional logre pasar al futuro.

1.- Ubicación de la casa

La casa de Yecapixtla, a la que hace alusión este texto, está en la esquina que forman la Calle Real y Emiliano Zapata, en la esquina donde está la «tienda grande», en el límite del primer cuadro, tres cuerdas del monasterio hacia el oriente, en el barrio de la Concepción, en una parte plana entre dos barrancas. Perteneció a la señora Juana Carrillo y hoy la habita una de sus descendientes. La construcción forma parte de la arquitectura de los pueblos serranos del eje neovolcánico.

2.- El medio ambiente y la vivienda

El clima es templado y la temperatura de 26 grados centígrados está regulada por las barrancas de las Animas, Xoxocotla

y Tepanche y, hasta hace poco tiempo, por las huertas que de ciruelos, guayabos, granadas rojas y otros, crecían a la sombra de los amates, amosquites y fresnos para complementar la dieta popular. La vivienda es de adobe y tenía su techo de teja. Actualmente las techumbres se han cambiado por losas de concreto. Los usuarios de esta casa provienen de una familia campesina, por lo tanto su relación



4.- Tipología

El predio conserva todavía la estructura dispuesta en las Cédulas Reales de Felipe II para la reorganización y fundación de los pueblos de la Nueva España: casa, patio y huerto. Formaba parte de una manzana con 20 m de frente por 39 m, aproximadamente, de largo a largo. Es una construcción de adobe y teja, recientemente modificada, que conserva su espacio de cuarto redondo, cocina de carbón (ahora de gas).

Su cocina de humo fue recientemente demolida. Conserva su patio, corral de animales y

cedimiento llamado «de mano vuelta», es decir, mediante el apoyo recíproco de los vecinos y los familiares.

La construcción se desplanta sobre una plantilla de piedra chica apisonada, una cimentación de piedra y lodo sobre la cual se levantan las hiladas de adobe; estaba terminada con madera y teja plana y canal; en el cuarto redondo había un tapanco donde se guardaban las semillas del próximo año y los aperos.

Los espacios estaban dimensionados por las medidas de las vigas. Para el cuarto redondo, seis varas (4.95 m)

Una imagen en movimiento

(éstas probablemente según la carga promedio que podía soportar una bestia que las traía del monte), por diez varas en el otro sentido (8.25 m); el corredor, que servía de comedor y cocina de carbón, tenía las diez varas de un lado por dos tercios de viga en el otro, es decir 2.47 m. aproximadamente.

La cocina de humo, era de 7 por 5 varas aproximadamente y estaba separada de la cocina de carbón por un espacio que servía para baño de jícara; la defecación era al aire libre hasta que se construyó una letrina y, más tarde, un baño formal. En el patio estaba la pileta con dos lavaderos con su piedra y cerca y el cuexcomate, de los llamados de olla, para 54 cargas de maíz. El huerto sólo tenía limones. Guajes y ciruelas de hueso. Algunos árboles no frutales o no aprovechables, servían para que los animales «se sombrearan».

Los constructores provenían de entre los hombres que dejaba libre la hacienda y que formaron la tradición constructiva. Actualmente, los albañiles desconocen o rechazan los procedimientos antiguos o siguen los modelos de las constructoras con las que han trabajado en Oaxtepec, México o Cuernavaca, reutilizando los espacios y los muros con nuevos sistemas: castillos, traveses y losas.

7.- Semiótica de la vivienda

La imagen de la casa campesina en Yecapixtla hacia el exterior, representaba

Pase a la siguiente página

con la tierra, con los animales domésticos y las plantas es estrecha, la construcción de teja y adobe quizá refleja esta articulación. La actualización en las actividades se ha visto reflejada en la imagen de la casa: los hijos estudian y uno de los padres es maestro. Existe una estrecha relación entre la casa y sus usuarios.

3.- Historia del prototipo

Responde a la forma tradicional de casa: cuarto redondo, corredor para comer y cocina de carbón. Sus muros de adobe, en algunos casos repellados y pintados, con una altura y en materiales, forma parte de la manera de construir de los pueblos serranos: la pequeña ventana a la calle, puertas al centro y techo de teja, ahora modificada en altura y en materiales. Hasta fechas recientes, prevalecía el sistema constructivo artesanal conforme al procedimiento llamado de «mano vuelta» es decir, mediante el apoyo recíproco, los materiales son elaborados artesanalmente y la producción era local.

cuexcomate; la pileta de agua ha sido modificada, pero todavía recoge agua de lluvia.

Corresponde éste, a uno de los modelos de casas regionales: la casa de adobe aparente y con su techo con inclinación; el otro modelo es el de las casas porfirianas con su techo plano de terrado, sus muros aplanados y sus puertas y ventanas con vistosas herraduras.

5.- Los materiales

Antiguamente la naturaleza se encargaba de proveer la materia prima y la tradición cultural artesanal le daba forma; hoy los materiales vienen de Cuautla o de Puebla.

En el pensamiento popular, el agua, la tierra, el fuego y el aire, venían de los dioses y todos tenían el derecho de usufructuarlos. Los materiales hoy forman parte del mercado: se compra el agua, se grava la tierra, se paga la luz y el gas y pronto, quizá, pagaremos por el aire puro.

6.- Sistema constructivo

Hasta fecha reciente prevalecía el sistema constructivo artesanal conforme el pro-



La casa de Yecapixtla

la situación social de su usuario, es decir, la buena conservación, el cuexcomate lleno, las arcinas de pastura para los animales altas y los animales numerosos, representaban un buen campesino. (Lo contrario despertaba el dicho de; «parece casa de viuda»). La vivienda en sí significaba al hombre de trabajo, al que podía ser llamado jefe de familia, el que podía tener una mujer y el que podía asumir roles en su barrio y en su comunidad.

Al interior, los lazos de articulación eran tan fuertes que cuando sucedía algún rompimiento familiar, se convertía en tragedia; la casa no sólo denunciaba tal situación sino que era también señalada. Una buena semilla de maíz, un arado limpio, un juego de coyundas bien encebadas y una yunta poderosa, eran símbolos del hombre trabajador, honrado, noble; lo contrario desmerecía, sin caer en la denigración, el recio carácter campesino. Tener un buen caballo «de silla», una buena silla de montar, una buena reata de lazar y un porte gallardo, atraían la atención; «quedarle» a un toro despertaba la admiración femenina, aunque la familia no siempre estaba de acuerdo. Había una acción que daba un alto estatus en el barrio y en la comunidad: ser mayordomo de la Cruz Verde, o de nuestra señora de la Concepción, desempeñar algún encargo social como encargado de potreros o de conservación de los canales de agua del Alcuálán con el mayor lucimiento.

Era esta una forma de redistribuir la riqueza; entonces el patio y el corral de la casa reflejaban el carácter y la importancia social del Señor de la casa; mientras las mujeres atendían a los invitados, los hombres departían el buen mezcal. Actualmente, la actividad campesina del señor de la casa se entremezcla con la de la Señora, maestra y de hijos estudiantes, y se ve reflejada, no sólo por las actitudes, sino por el mobiliario que ofrece una imagen actualizada. Sin embargo, el carácter familiar es todavía agrario.

De la casa al campo y del campo a la casa, como decían los señores, no era solamente una retórica, era la poética de un programa de vida en el que los interludios de la recreación eran apreciados por la intensidad con que eran vividos. Tal vez la diversificación de las conductas de los usuarios condujeron a la diversificación de los espacios: el reloj del dormir se retrasó, el estar se trasladó del patio a la sala, ésta ocupó el espacio de la intimidad, los dioses

huyeron y ahora cada quién tiene su propio programa.

El espacio fluye al ritmo de las actividades familiares; el patio y el corral son apropiados para los hombres, mientras que las cocinas y los espacios formales lo son para la mujer. El cuarto redondo es el santuario donde las divisiones son informales, actualmente, esta casa tiene recámaras que separan a los padres de los hijos y, entre estos, las de los hombres y las de las mujeres; el espacio habitado ha crecido y se ha diversificado y las funciones obedecen a la

EL TLECUIL

actividad de su usuario, por ejemplo: las nuevas recámaras de los hijos son también estudio y sitio de exposición de objetos que indican las inclinaciones del usuario.

El espacio es bidimensional, las alturas no tienen sentido más que cuando hace calor o frío; entonces se dice que el techo está alto o bajo.

La imagen que ofrece la casa era proporcionada con las demás y personalizada en su decoración. Los materiales estaban a la vista, aparente y recubiertos pero, algunos vanos se significaban mediante enmarcamientos de color.

La casa que nos ocupa, tenía sus muros de adobe aparente y su puerta a la calle, único vano, estaba enmarcada con un aplinado pintado en blanco y rojo; el interior estaba aplanado con el objeto de que se vieran los alacranes y los zancudos y no tuvieran donde esconderse; tenía su tapanco de madera y su techumbre de madera y teja; ahora los muros están aplanados por fuera y por dentro y el techo es de concreto reforzado y se apoya en castillos incrustados en los muros. La belleza natural de su imagen de tierra, todavía se adivina tras el maquillaje rejuvenecedor; la vivencia de sus usuarios es todavía tradicional.

Antiguamente, la estructura familiar hacía girar a los usuarios alrededor de la Abuela, el padre trabajaba en tiempo completo para mantener la casa, la madre batallaba con la numerosa prole y la abuela estaba libre y sin compromiso obligado; actualmente, cada miembro de la familia tiene su propia ruta crítica. En otro tiempo, por las noches, mientras «los grandes» planificaban las actividades del siguiente día, los niños jugaban en la calle los juegos tradicionales y los jóvenes se encontraban en «la esquina» o en la plaza conforme a lo convenido para «echar novio». Algunos abuelos contaban cuentos de «aparecidos»

y de «apariciones». Actualmente, se mantiene la estructura familiar pero todos se agrupan al rededor de «la tele»: padres, hijos y novios; el antiguo cuarto redondo, hoy es la sala; el altar cristiano familiar, es la televisión.

La tradición agraria de solidaridad permitía a todos tener casa, realizar la siembra, el beneficio y la cosecha a tiempo mediante el apoyo de los vecinos; el sistema de «mano vuelta» era una práctica de reciprocidad entre los que tenían tierras y yuntas y los que no las tenían: el primero le sembraba un pedazo al segundo y éste apoyaba como peón del segundo.

Las relaciones sociales también se lograban mediante los compromisos de bautismo, confirmación o casamiento, bien fuera como familiar «político» o bajo una relación «de grado». De esta manera no existían problemas de vivienda ni pérdida de cosecha. Actualmente, todavía se conservan los lazos de compadrazgos, pero las responsabilidades y los actos de reciprocidad son formales; han dejado de ser solidarios.

La casa que nos ocupa era el hogar familiar y todo su valor dependía de este principio y la producción era primordialmente para el consumo familiar.

Algunos excedentes cotidianos como la venta de la leche, los animales domésticos y las frutas complementaban el consumo diario; los excedentes de la cosecha repugnaban los gastos y se guardaba lo necesario para las emergencias. Actualmente, se vive del salario y los productos de la siembra se utilizan para pagos de escuela, de luz, de agua, de ropa y para cumplir compromisos sociales establecidos mediante los compadrazgos, por ejemplo: comprar el vestido de primera comunión de los «ahijados».

8.- El espacio y la vivienda

El solar, que fue la unidad básica de la traza urbana, estaba tradicionalmente dividido en tres partes: la casa, el patio y el corral, complementarios cada uno y funcionalmente bien delimitados.

La vivienda familiar tenía todos sus espacios: cuarto redondo y cocina de carbón juntos, cocina de humo aparte; por la tranca se entraba al patio en donde andaban los animales domésticos: pollos, perros, gatos y marranos; estaba la pileta en donde tomaban agua los animales; tenía sus dos lavaderos con cuatro columnas de adobe en donde colgaban una manta para protegerse del sol los días de lavar; cerca estaba el cuexcomate.

Este era de buen tamaño porque aguantaba 56 cargas de maíz; del patio seguía el corral en donde se guardaban los animales por la noche; las plantas de adorno tenían especial significado para la señora de la casa. Actualmente, queda el cuexcomate ya sin su uso original, la pileta cambió de lugar y dónde se protegían los caballos hay recámaras; la cocina de humo junto con el

tlecuil, fue demolida y el bracerito de carbón fue modificado para usar gas y se estableció un espacio permanente para comedor; en el corral se guardan todavía los caballos junto al tractor y sus implementos. Se hizo una zona de recámaras para cada uno de los usuarios según sus necesidades.

La casa y el campo definían los espacios: la matriz de usos del espacio de la casa estaban perfectamente jerarquizados, el interior y el exterior tenían delimitaciones precisas, rituales, plenas de valores convertidos en principios. Actualmente, esta matriz nos muestra un uso congestionado, desacralizado y disponible «al primero que llegue» y de uso «ad libitum».

El patio era el espacio social, en donde se desarrollaban las relaciones comunitarias, mientras el cuarto redondo era el espacio de la intimidad familiar entre los miembros de la pequeña comunidad y con los dioses. Actualmente, el espacio es utilitario y tiene tanto valor como mejor resuelve las funciones de los usuarios.

9.- Estética de la vivienda

Todavía se percibe, entre el tráfago moderno, el ambiente bucólico que despierta la geografía, el alma rural y el olor de la tierra que hace decir al poeta regional:

*El sol va declinando. La faena
diaria va a terminar. Sopla la brisa.
Una nube contéplase indecisa
vagando en el azul. Tarde serena.*

*Cruza un rebaño la llanura amena,
un viajero a su lar vuelve de prisa
humo apacible en el confín avisa
que hay fuego en el hogar y pronta cena.*

*Se hace más clara la canción del río
que a las estrofas del amor bravío
por la vereda pastoril aduna.*

*Se oye la voz de la campana grande,
mientras el pecho de emoción se expande
bajo una tenue claridad de luna.*

(Tardes Aldeanas, de Joaquín L. Palacios)

La belleza de la vivienda corresponde a la armonía familiar y comunitaria; cuando están presentes hay felicidad aun en momentos difíciles. Por otro lado el espacio era disfrutado en común o individualmente: la abuela atendía la cocina rápida, la de carbón; la señora conservaba el fuego del tlecuil activo, el señor organizaba su vida al rededor del corral y el patio era disfrutado por todos, incluidos los animales domésticos.

Ser protagonista y crítico puede evitar la objetividad acerca de la cultura de la vivienda popular; como dije antes, tener algunos principios salva, por ejemplo, el que la vivienda deba reflejar la identidad y al mismo tiempo el tiempo propio. De igual manera la consideración de que el uso hace la conservación y la recreación de identidades. Esto convierte a uno en peregrino que aprecia el origen, el momento y el fin.

Pase a la siguiente página

La casa de Yecapixtla

10.- Carácter social y antropológico de la vivienda

Yecapixtla fue una de las poblaciones importantes del Imperio mexica. A la llegada de los españoles, junto con Oaxtepec y Cuernavaca encabezaba el sistema tributario regional.

Su carácter histórico le dio liderazgo regional, la belleza de sus siete barrancas con sus respectivos puentes le dieron posición estratégica, mientras que sus 120 huertas le proporcionaron el ambiente sano y perfumado. Actualmente, su historia se pierde en la noche del tiempo, sus barrancas están llenas de plásticos, botes de lámina, salidas de drenajes y sus puentes y sus manantiales invadidos; las huertas se murieron y la tierra fue parcelada, repartida o puesta en venta.

Los corridistas y cantores trovaron sus bellezas. Hoy no reconocerían ni su voz en el fragor electrónico. Sin embargo, al fijar la atención en sus muros de tierra y en sus tejados de arcilla cocida, todavía se perciben los ecos de los ingenios versos de los poetas locales:

*«Yecapixtla te contemplo pintoresco por la hermosa posición a donde estás
Representas un paisaje muy risueño
Las llanuras que te vienen a rodear.
El verdor de tus maizales es ameno
Todo hace un panorama sin igual
En tiempos de verano sus terrenos
Embellecen con la ráfaga solar»*

(Yecapixtla, de Epigmenio Pizarro)

Hasta la mitad del siglo XX, el espíritu aldeano de la región del Popocatepetl, se dibujaba sobre sus techos y, en los días de lluvia descendía sobre las tejas acanaladas para rebotar en los empedrados, salpicando los modestos muros de arcilla hecha adobe; algunas mansiones, como el Portal y la Tienda Grande, dejaban escapar entre sus regios balcones el espíritu porfiriano que animaba a algunas familias y delataban la intrusión de las haciendas en el paisaje urbano del pueblo; las torres del pueblo denunciaban una profunda aculturación.

Hoy los adobes recortados esconden su idiosincrasia tras aplanados de mezcla, mientras las techumbres se han horizontalizado y endurecido. El espacio arquitectónico era doble: el patio, el corral y la huerta eran sociales; la casa, la cocina el fogón el cuexcomate y la cocina de car-

bón eran espacios familiares. En los espacios sociales se tejía la solidaridad humana; en los familiares se tejían las intimidades. El espacio del patio era festivo, el del corral económico y el de la huerta placentero y complementario; en el corazón de la casa estaba el santuario con su altar; el fuego del tlecuil alimentaba los lazos de las almas y de los cuerpos.

11.- Aspectos económicos de la vivienda

La actividad económica de sus pobladores, dedicados a la agricultura y a la ganadería, formaban dos grupos sociales que se amalgamaban en las fiestas del barrio: los campesinos y los «matanceros». La autoridad que lideraba la población se alternaba entre estos dos grupos.

La matancera, o como se decía popularmente: la matanza, era ali-

mentada por los ganaderos; la agricultura hacía autosuficiente a la población, había tiempo para los toros, las carreras de cinta, las charreadas, el corte de crin de los potros, la montada de becerros, la amansada de caballos y los días de campo en la Aguazarca, el campito, la colonia o cualquier potrero de los muchos que había. «Bajar a Cuautla» era fiesta, pero ir en tren a la Capital, era todo un acontecimiento.

Hoy las aspiraciones son: económicas, «agarrar un puesto en el gobierno» y darle a entender a los demás de la diferencia estatuaria que significa una casa de ladrillo enfrente de una de tierra.

En la plaza se hacía el tianguis los jueves; los miércoles por la tarde se iba a la plaza a comer los taco duros de papa o de longaniza acompañados con un jarro de café o de algún atole, mientras los novios daban vueltas por los jacalones intercambiando pañuelos o recaditos, las campanas del monasterio anunciaban el fin del día y el porfiriano reloj daba las últimas horas del día.

Las mejores ropas salían a relucir los domingos, y en los días de guardar: Semana Santa y Tianguis Grande, había estreno de ropas: las mujeres rebozo, el vestido y los zapatos -la abuela mandaba a hacerse los botines de mujer de hacienda-, los hombres el sombrero, los zapatos y alguna camisa; era bueno mandarse a hacer pantalones a la medida. Las comparsas y las Charrerías ofrecían en sus atuendos la elegancia y el poder de sus protagonistas; los barrios competían para quedar bien. Los patios de las casas se convertían en el centro de reunión.

Como queda dicho antes, si la vivienda reflejaba la cosmovisión indígena, el pequeño mundo en que se movía una familia, el conjunto de vivienda no era sólo la casa, comprendía aquellas otras construcciones indispensables para la conservación de la vida, productos de la tierra: vegetales y animales; la casa de la Abuela tenía su cuexcomate, su pileta, su tlecuil, su patio comunitario y el corral de los animales, todos ellos formaban parte de la vida familiar y eran tomados en cuenta para su uso, quizá sin intención, únicamente como reflejos de la conciencia histórica que todavía radica en las profundidades del ser humano y que se modela con la cultura propia en cada momento de la historia y que lee permite ser lo que es y que le impide renunciar a su identidad.

Yecapixtla en los textos

Es conveniente hacer notar que el asentamiento humano y la arquitectura de Yecapixtla, como tales, no se ven documentados; la geografía, la traza y sus construcciones son el único y mejor documento que debe ser leído e interpretado. La población en su conjunto aparece como un proyecto de sociedad prehispánica, colonial y reciente. Yecapixtla aparece como uno de los asentamientos antiguos con una profunda tradición. Fray Bernardino de Sahagún nos describe y dibuja en el Códice Florentino, la forma posible que tenía la casa en el siglo XVI.

Yecapixtla hace su aparición en el escenario de la historia en la MATRÍCULA DE TRIBUTOS en donde se encuentra relacionada con Gustepeque; de igual manera aparece en el Códice Mendocino, una recopilación de pinturas antiguas, particularmente de la Matrícula. Como cabecera de la región conocida como la Tlalnahuac, está referida en documentos del Archivo General de la Nación, en el Ramo Hospital de Jesús y en los Títulos Primordiales.

El origen del nombre está relacionado con el mercado, quizá de esclavos para los sacrificios, porque como parece entenderse en la forma como es conquistado, según decir de Bernal Díaz del Castillo, 1692, en su «HISTORIA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA», esta población era un fuerte militar mexica. Scott Harold O'Mack, 1985, trata en su tesis doctoral el origen de los pobladores de Yecapixtla y Druso Maldonado interpreta las pinturas de la Relación de Acapixtla.

Dice Juventino Pineda Enríquez en su MORELOS HISTÓRICO Y SUS GOBIERNOS. Obra inédita. Yecapixtla 1966, que: «...el Señorío de Ayacapixtlan elevó al tro-

no principal a Yecapitzaotl o Yecapitzaoc, uno de los cinco hermanos de Yacatecutli, todos siendo dioses especiales de los mercaderes». (Pág. 21)

Más adelante dice expresamente que «Ayacapixtlán debe sin duda alguna su nombre a su dios Yecapitzaoc, en que están estas palabras: yacatl, nariz; pixtli, hueso puntiagudo como el del mamey y tian, lugar donde o sea: donde hay narices puntiagudas, pero como las del águila. Cecilio Robelo menciona que «en esta villa de Acapixtla se llamó así porque antiguamente se llamaba XIHUATZACAPITZALAN, porque los señores que la gobernaban traían unos chalchihuites atravesados en las narices, y que eso quería decir, y como ahora está la lengua corrupta se dice y la llaman Ayacapixtla.

Dice que Orozco y Berra está de acuerdo en que significa: los de las narices ahusadas o afiladas; finalmente recuerda que Sahagún, según Peñafiel, decía que Yacapitzaoc «era uno de los cinco hermanos del dios de los Mercaderes, Yacatecutli, y que con aquel nombre parece tener relación el nombre del lugar» (Robelo, Cecilio. Nombres Geográficos Mexicanos del Estado de Morelos. Edición de Valentín López G. Cuernavaca 1982).

Los textos acerca de su toponimio parecen establecer el antiguo origen de sus pobladores; indican que hay una nobleza mexica dirigente entre su población, cuando es invadida por los europeos; que es una población comercial relacionada con la muerte cuyos festejos originan la fiesta principal, y que apoyan a Oaxtepec en la recolección de los tributos.

Conclusión

La situación estratégica regional de Yecapixtla, y de todos los pueblos asentados a la orilla del eje volcánico y su relación con los pueblos antiguos ribereños del antiguo Tenochtitlan, estableció una identidad cultural propia de una región de paso que mantuvo su situación hasta finales del siglo XX.

Con el rápido desarrollo de las comunicaciones, esta región se dinamizó y entró en proceso de transformación que pone a la vivienda y a sus usuarios en la contradicción de modernidad y tradición. La vivienda de Yecapixtla tiende hacia una modernidad empírica, mientras sus usuarios viven su tradicional forma agraria de vivir, acosados por la estridencia comercial moderna.



El principio de renovación

Ceremonia del fuego nuevo

• A. F. Isabel Garza Gómez

En el México precolombino se consideraba que cada 52 años el destino del Sol era incierto y que esta incertidumbre ponía en peligro a la Humanidad. La posible catástrofe se enfrentaba a través de una serie de rituales que concluían al encender un fuego nuevo, ceremonia que implicaba la renovación de la vida.

El primero de los preparativos para evitar el trágico fin, se llevaba a cabo durante el último año de un ciclo de 52 años. Consistía en almacenar en el interior de cada casa todas las especies de semillas comestibles para sobrevivir al período de hambruna. A veces esta medida no era suficiente, por lo que era necesario vender como esclavo a uno o varios miembros de la familia.

Debido a que en la última noche de este ciclo o siglo prehispánico, el mundo era poblado por demonios malignos, cuya finalidad era atacar, matar y comer a los humanos, bravos soldados custodiaban las casas en las que se encontraban encerradas las posibles víctimas. También como medida preventiva, a las mujeres embarazadas se les colocaba sobre el rostro una máscara elaborada con pencas de maguay y se les escondía en el interior de grandes ollas de cerámica utilizadas generalmente para guardar el maíz.

A los niños se les cubría la cara con máscaras y los padres y madres tenían la responsabilidad de despertarlos constantemente, ya que si dormían durante mucho tiempo corrían el peligro de transformarse en ratones.

Se rompían además distintos objetos de cerámica, se arrojaban al agua los ídolos y las piedras sobre las que se cocinaban los alimentos, se limpiaban las casas y se apagaban, sin excepción, todos los fuegos.

Una parte de la población permanecía en sus hogares, mientras que un grupo de sacerdotes ataviados con las indumentarias de Quetzalcóatl, Tláloc y otras deidades, encabezaban una procesión en silencio y con paso lento hacia lo que hoy en día cono-

ceamos como el cerro de la Estrella ubicado en Iztapalapa. A este sitio se llegaba a la medianoche y ahí se sacrificaba un prisionero de guerra.

A la víctima, primero se le quemaba y después se le abría el pecho para sacarle el corazón y arrojarlo a la lumbre. Con el fuego del pecho del sacrificado los sacerdotes encendían teas y con ellas prendían una gran hoguera para que desde lejos pudiera ser observada por aquellos que permanecían en sus pueblos.

Después de encender la fogata, la ceremonia continuaba con un acto ritual de autosacrificio, que consistía en cortarse las orejas y esparcir la sangre derramada hacia el lugar en donde se encontraba el fuego nuevo. Hombres,

mujeres, niños y ancianos, estaban obligados a flagelarse para honrar a los dioses. De la incisión en las orejas de las criaturas pequeñas se encargaban sus progenitores.

Los sacerdotes encendían teas de pino con el fuego nuevo y se las entregaban a los mejores corredores para que las llevaran a las distintas poblaciones.

Al llegar el mensajero con el fuego nuevo a Tenochtitlan, primero encendían el candelero hecho de cal y canto del dios Huitzilopochtli y de este lugar lo obtenían los sacerdotes para los otros templos. Con gran regocijo tomaban de este fuego nuevo todos los habitantes para llevarlo a sus hogares y prender fogatas en los barrios.

Como señal de que se iniciaba un nuevo ciclo de 52 años, en cada pueblo hombres y mujeres usaban vestidos nuevos y estrenaban petates y otras enseres del hogar.

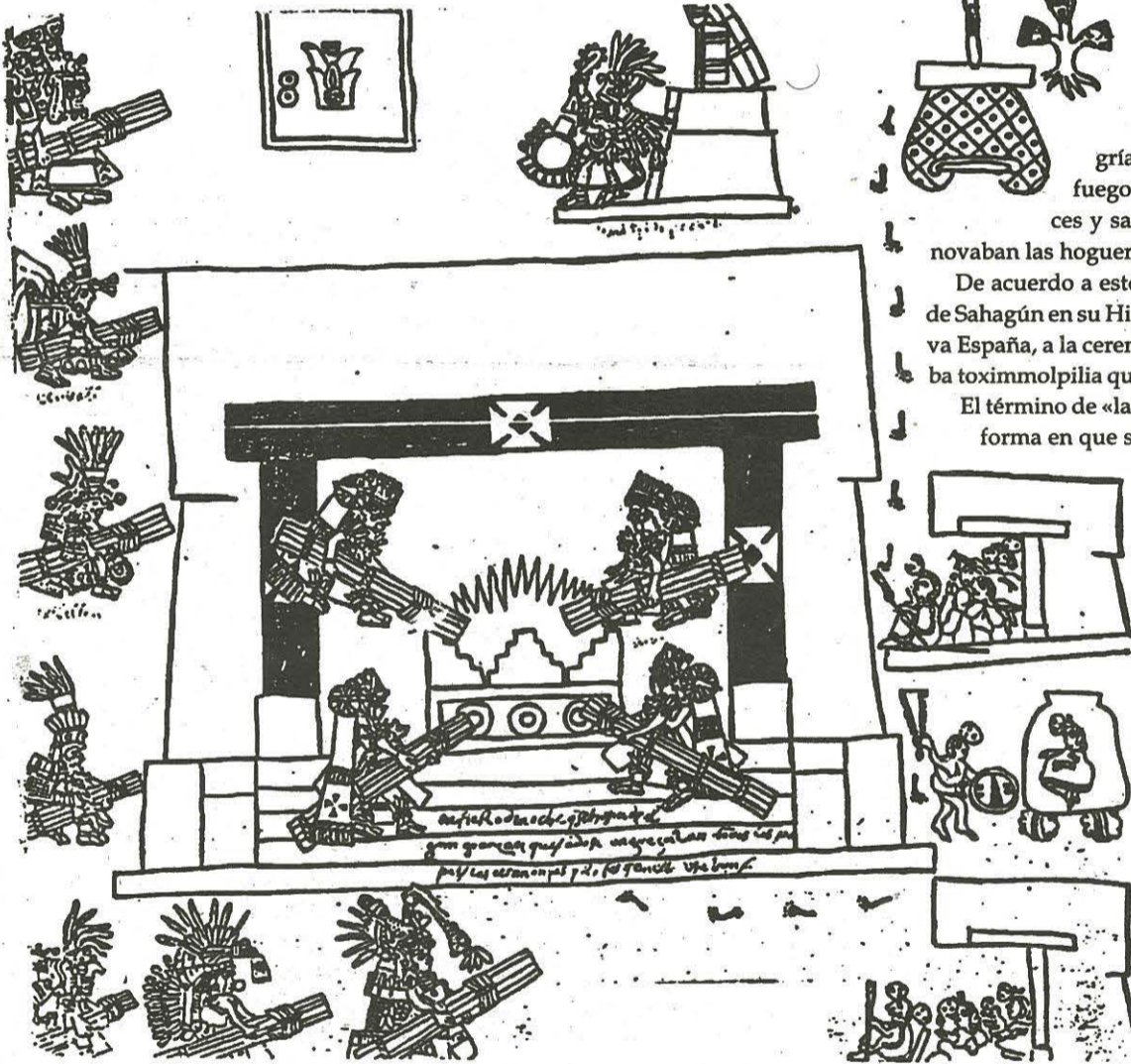
Celebraban la festividad con alegría y para finalizar la ceremonia del fuego nuevo, ofrecían incienso, codornices y sacrificio humano a los dioses y renovaban las hogueras.

De acuerdo a este relato que hace Fray Bernardino de Sahagún en su Historia General de las cosas de Nueva España, a la ceremonia del fuego nuevo se le llamaba toximolpilia que significa «átanse nuestros años».

El término de «la atadura de los años» manifiesta la forma en que se contaban los años. Se utilizaban cuatro figuras que representaban a los cuatro puntos cardinales.

Las figuras correspondían al conejo, la caña, el pedernal y a la casa. Cada una de ellas se contaba trece veces, una vez por año, y al concluir la cuenta la suma total era de 52 años. Al concluir este ciclo del tiempo cada figura se ataba por separado.

Al igual que en época prehispánica, cuando además de concluir el año, finaliza un siglo las expectativas aumentan y la celebración es mayor. Existen muchas formas de recibir un nuevo ciclo, sin embargo en la mayoría de los casos se ponen en práctica una serie de medidas para alejar los maleficios y obtener mayor prosperidad, amor y salud.



Códice Borbónico.- La ceremonia del fuego nuevo

tamoanchán

UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL

Información, sugerencias o publicidad: Avenida Lázaro Cárdenas #494, Col. Jiquilpan. 62170, en Cuernavaca. Tel. (7) 313•28•93

E mail: ersmor@prodigy.com

CENTRO INAH MORELOS

Matamoros No. 14, Col. Acapantzingo. Cuernavaca, Morelos.

Tels. (7) 312•59•55 / 312•31•08

E mail: cimor@mor1.telmex.net.mx

Es un suplemento semanal editado por

ElRegional

Eolo Ernesto Pacheco Rodríguez
Director General

Heladio Rafael Gutiérrez
Coordinación del suplemento
Tamoanchan (INAH)

INAH
MORELOS

Teresita Loera Cabeza de Vaca
Encargada de Despacho
Centro I.N.A.H. Morelos

Patricia Suárez Ortega
Responsable de Difusión
(I.N.A.H.)